

(4)

**INDIGENAS TAINOS
DE PUERTO RICO**



**¡Nuestros indios
siguen vivos!**

PREPARADO POR:
Rene Marcano Q. Octubre
1988. (Recopilado de
diversas fuentes)

 **Rene Marcano**
540 Audubon Ave #52
New York NY 10040



Después de casi 500 años, nuestros indios boricuas en persona tenían un encuentro histórico con nuestros hermanos, los indios Caribes de la isla de Dominica. El momento que captó el lente fue precisamente cuando se intercambiaban artesanías indígenas producidas por ellos. A la izquierda, Janette Chéverez, de Cabachuelas, entrega una hermosa pieza de alfarería indígena Taína de las que ellos mismos elaboran a una india Caribe de Dominica, quienes asistieron por primera vez al Festival en Jayuya.





Alice realizando el trabajo de triturar barro. Para ello utiliza dos piedras de basalto o de granito que hacen las veces de mano y mortero.





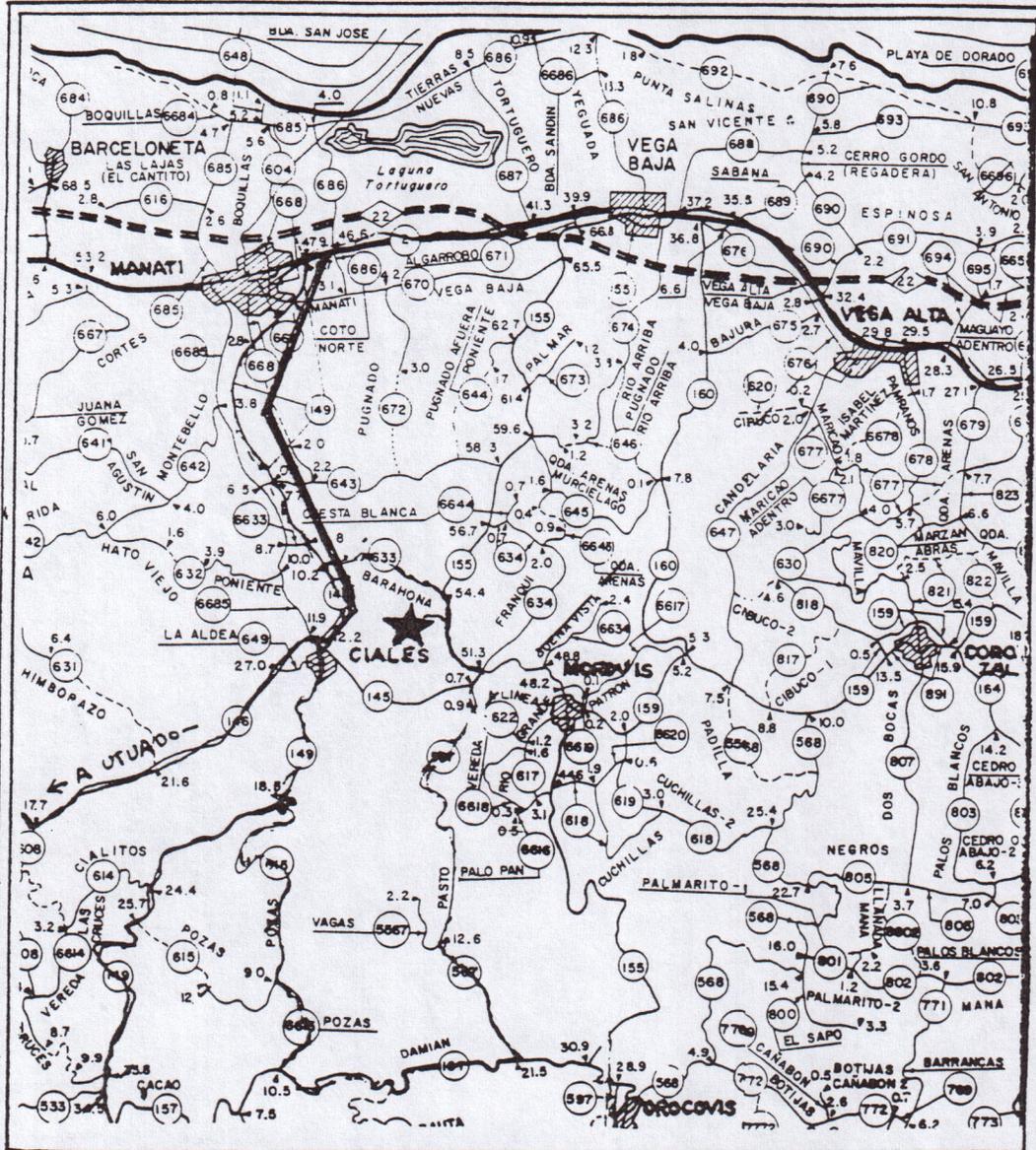
Doña Varín realiza la decoración incisa sobre una enorme vasija de barro, copia fiel de los modelos propios del complejo cultural Aruaco (Taíno).



Transportando un enorme monolito para colocarlo en uno de los laterales del batey. Al fondo, de izq. a der.:Paco Figueroa y Juan Chévez. Al frente y en el mismo orden: Toli Chévez y Daniel Silva Pagán.



Alice, la hija menor de la familia, conserva la mayoría de los rasgos físicos de los primeros habitantes de nuestro pueblo: nuestros indios.



LA ESTRELLA SEÑALA LA UBICACION DEL TALLER CABACHUELAS EN EL BARRIO TORRECILLAS DE MOROVIS. SE DEJA LA CARR.P.R.155 QUE VA DE VEGA BAJA A MOROVIS Y SE INTERNAN EN EL SECTOR LAS CABACHUELAS DE TORRECILLAS, MOROVIS, PUERTO RICO.

DIRECCION POSTAL:TALLER CABACHUELAS Y/O DANIEL SILVA PAGAN
H-c-02, BOX 5988, BARRIO TORRECILLAS
MOROVIS, PUERTO RICO, 00717

¡Nuestros indios siguen vivos!

Por: ROBERTO MARTINEZ TORRES

Esas ocasiones en las cuales entramos en contacto directo con la historia, y comprendemos que esta es algo vivo, porque la historia se nos hace una vivencia; uno de esos encuentros lo queremos compartir con nuestros compueblanos moroveños con la esperanza de que nuestra vivencia contribuya en algo a cambiar ese erróneo concepto que tenemos de la historia nuestra.

Conocíamos "desde siempre" a aquella simpática y vivarachita señora que iba a casa desde que éramos niños a ponerse inyecciones, cuya facilidad de expresión era notable; y en más de una ocasión trabajé junto a su esposo en alguna de las zanjias y zapatas de los "proyectos" en Río Piedras...

¿Quién en Torrecillas o en Barahona no conoce a Doña Varín y a Don Pablo Chéverez? Viven desde siempre en Cabachuelas, de donde nunca quisieron salir para las parcelas del barrio y donde levantaron su familia de doce miembros.

Siempre pasábamos por los predios de su pequeña finca cuando de niños frecuentábamos ya algunas de las cuevas de la localidad, y hace casi siete años que fuimos maestros de algunos de sus muchachos en la Segunda Unidad del barrio Barahona, pero no fue verdaderamente hasta el año pasado (1986) cuando comenzamos a conocer a esta simpática familia moroveña.

Recién comenzábamos a realizar unas excavaciones arqueológicas en un sector de la finca de Don Ignacio Cacho Parés, quien es colindante con la familia Chéverez. Por ese motivo fue que nos vimos en la necesidad de solicitar permiso para transitar con nuestro vehículo a través de su propiedad puesto que de esa forma teníamos mejor acceso al yacimiento que teníamos bajo estudio. Una vez obtuvimos la debida autorización, nos cuidábamos de no pisar con el Jeep a algún animalito de los muchos que crían en la pequeña finca.

Comenzados ya los trabajos de excavación en el yacimiento que bautizamos Tembladera-I, excavaciones que realizábamos en conjunto con el Presidente de la Sociedad Arqueológica de Vega Baja, el joven Daniel Silva Pagán; lo invitamos un día a conocer a esa singular familia, conociendo su interés por todo lo que se relacionara con nuestros indios.

Valiéndonos de un sencillo pretexto (que teníamos sed a las 9:00 de la mañana), cruzamos frente a la residencia de Don Pablo y Doña Varín y nos detuvimos a pedir un vaso de agua. El Sr. Silva se bajó del vehículo para tomar el vaso de agua del pozo que le extendía Doña Varín, mientras este permanecía como petrificado y la dejó con el brazo extendido por unos breves segundos. Noté en su semblante el asombro que lo embargaba, y pude ver que sus ojos estaban "aguachaos".

Nos tomamos el agua y luego de hacer las debidas presentaciones, nos despedimos con un hasta pronto, pues íbamos "a ver qué hacíamos allá abajo en la cueva..."

Cuando regresamos de nuevo al vehículo y el Sr. Silva había "recobrado la voz", me comentó más o menos estas palabras: "A la verdad que no lo hubiese creído hasta que lo hubiera visto: esta gente son verdaderos indios...Casi me dieron ganas de llorar pues jamás pensé que vería indios así en Puerto Rico..."

Cuando ya había suficiente confianza les solicitamos que nos permitieran tomarles algunas fotografías para poder tener evidencias de sus rasgos indígenas, a lo que ellos accedieron de forma espontánea. Una vez reveladas las mismas se nos ocurrió una idea espléndida y original por demás: colocamos una vitrina en el Museo Arqueológico de la Sociedad SEBUCCO de Vega Baja que al la sazón se inauguraba, y dentro de la misma y bajo el título de FAMILIA DEL INDIO PUERTORRIQUEÑO colocamos todas las fotos de la Familia Chéverez Chéverez.

Resultó toda una experiencia ver a los arqueólogos observando aquellas fotos y alguno de ellos no pudo menos que comentar: -Estos sí son indios de verdad...

Los visitantes que se aglomeraban en torno a la vitrina nos preguntaban: ¿Dónde fotografiaron a esos indios? Y respondíamos con una sonrisa en nuestros adentros: -En Morovis...viven detrás de casa prácticamente... Esto sólo causaba un asombro mayor.



NOTA DEL EDITOR: ESTE ARTICULO APARECIO PUBLICADO ORIGINALMENTE EN LAS PAGINAS DEL ARCHIVO HISTORICO DE MOROVIS, AÑO 7 NUMERO 3 DE JUNIO-JULIO DE 1937, PAGINAS 56-67; PUBLICACION DE LA SOCIEDAD DE INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS E HISTORICAS DE MOROVIS, PUERTO RICO-CALLE ANDRES L.NARVAEZ #177, MOROVIS

REPASANDO LA HISTORIA

La Familia Chévez muestran en sus rasgos físicos las características básicas de nuestros antepasados indígenas, a saber: tez cobriza, pelo lacio y negro, pómulos salientes, son lampiños, y tienen diente de pala y ojos oscuros y oblicuos.

De estos rasgos predominan en ellos básicamente todos los mencionados. Aunque es necesario aclarar que no se trata de "indios puros" pues en su familia hay antepasados que son de la raza blanca, siendo ellos mestizos en los cuales predominan los rasgos indígenas en la mayoría de los miembros de la familia.

El mote de "El Indio" con que conocen a uno de los muchachos hace honor a los rasgos étnicos que predominan en la familia.

Quizás nuestra narración le parezca fantasiosa a más de un lector. De tanto repetirse el concepto de la supuesta "desaparición" de nuestros indios en Puerto Rico luego de la conquista y colonización, este está tan arraigado en nuestras mentes que se nos puede hacer difícil aceptar otra cosa.



DIENTES DE PALA PERTENECIENTES A UN BEBÉ INDIO DESCUBIERTO EN UNA CUEVA EN LAS CABACHUELAS.

Son muy pocos los estudios científicos realizados en nuestra isla que documenten la presencia de sangre indígena entre los puertorriqueños. Entre los que recordamos está el estudio realizado en la Universidad de Puerto Rico hace varias décadas atrás en los cuales se encontró que

alrededor del 30% de la población estudiantil tenía diente de pala, característica de las razas aborígenes de América.

Recientemente escuchamos el interesante dato de que en los archivos de Medicina Legal se lleva una estadística del tipo de diente de los individuos a los que se les practica las autopsias, y entre ellos el porcentaje de individuos con diente de pala oscila alrededor del 30%.

Como dato interesante, para la época de la fundación de nuestro pueblo en 1818, la población negra alcanzaba sólo un 4%, mientras que la población clasificada como de color "pardo" llegaba casi al 25%.

En la categoría de "pardos" eran clasificados todos aquellos individuos de extracción indígena, mestizos y mulatos por igual. ¿De dónde proviene la población parda de Morovis si la misma no proviene de la mezcla de negros y blancos exclusivamente? Obviamente existía una gran concentración de población con rasgos indígenas a juzgar por el censo que era basado en el color de la piel. Y eso ocurre 300 años después de la supuesta desaparición de nuestros indios.

Recientemente escuchábamos al Dr. Ricardo Alegría cuando mostraba su preocupación por el hecho de que hasta ahora no existan estadísticas sobre el tipo de sangre de las poblaciones del centro de la isla, pues según este experto en cuestiones indígenas, el tipo de sangre "O" está asociado a las razas de tipo mongoloide, es decir, a las razas de las cuales descienden nuestros indios.

Argumentar en contra de la presencia de sangre indígena entre nuestra población sin haber realizado estudios científicos no es lo más objetivo.

Afortunadamente ya se vienen realizando investigaciones en tal sentido y dejaremos a los expertos más documentados que se manifiesten sobre el particular.

Mientras tanto, hemos venido realizando hallazgos que más bien tienden a corroborar el hecho de que nuestra cultura indígena sobrevivió por mucho más tiempo del que hasta ahora se ha supuesto y sobre ese interesante tema trataremos en futuros artículos.

Barahona, Morovis
29 de junio de 1987.



Sobre esta población nos dice Salvador Brau en su "Historia de Puerto Rico": "Esos indios, cuyas existencia se había comprobado oficialmente, no eran los procedentes de cruzamientos y que existían confundidos en la clasificación de pardos libres, sino tipos de raza pura, descendientes de aquellos que, emancipados por Carlos V, procuraron alejarse de sus opresores. Instalados todavía en 1570 en terrenos próximos al San Germán del Guadianilla, de allí se remontaron a lo más agrio de la sierra, en sitio que por tal vecindario se llamaba La Indiera. Según el Censo de 1787, esa agrupación indígena, exenta de cruzamientos, comprendía 360 cabezas de familia con 752 hijos varones y 1,190 mujeres de todas edades y estados."

Según otro censo de 1799- a sólo un año de comenzar el Siglo XIX- la cifra se mantenía casi estática al reflejar una población indígena de 2,300. Desgraciadamente, a partir del censo poblacional del año 1800 se suprime la clasificación de indios y estos se suman a la categoría de "pardos libres". No obstante, los ancianos nacidos en el área de Las Indieras- que desconocen la existencia de estos censos- aseguran que todavía en las décadas de 1850 al 1870 quedaban algunas familias indias en el área. También se encuentran ancianos que señalan que son nietos de indios puros de esa región y que algunos de esos indios participaron en la Revolución de Lares de 1868. Otros recuerdan que esos indios tenían un régimen alimenticio distinto a sus vecinos. Se alimentaban de plantas solanáceas que llevan en sus extremos nutritivos tubérculos como una planta de esa área que llevaba el nombre de "gunda mata", parecida a la papa y que solía darse silvestre, en forma de enredadera por aquella montaña.

Los sobrevivientes de cada encuentro bélico continúan internándose en el centro de la isla, acción que facilita la mezcla racial ya iniciada desde el primer momento de colonización. Algunas familias de indios se integran a la población española que se desplaza hacia la isla. Ya en 1570 la Villa de Arecibo contaba con 30 familias, muchas de ellas formadas por indios. Pero no todas las familias indias decidieron integrarse. Muchas de ellas penetraron en las selvas de la Indiera, lo que hoy forman los barrios Indiera Alta, Indiera Baja e Indiera Fría del municipio de Maricao. Allí vivieron aislados por más de 200 años según reflejan los censos de población entre los años 1765 al 1799, que señalan la existencia de más de 2,000 indios.

A pesar de que esta tradición oral puede, de primera intención, parecernos fantástica, está respaldada por una base documental que la sostiene como verdad histórica. De otro lado, no hay más que mirar los rostros, la fisonomía de la gente de esa área, para darnos cuenta que estamos frente al resultado de un gran proceso de mestizaje. Proceso que también ha sido comprobado por las investigaciones del Dr. Ricardo Alegría, el cual descubrió en un estudio realizado en la Universidad de Puerto Rico que más de un treinta por ciento de los estudiantes examinados tenían el "diente de pala", tan característicos del indio americano. Todo eso nos hace pensar que alguien debe darse a la tarea de realizar una investigación que abarque estudios de carácter antropométrico (parte de la antropología que estudia las medidas del cuerpo humano) con el propósito de diagnosticar cuantitativamente las proporciones de nuestro mestizaje.

A manera de conclusión podemos decir que nuestros indios no desaparecieron. Forman parte de uno de los tres pilares raciales de la puertorriqueñidad. Como muy acertadamente contestó en una ocasión el poeta Juan Antonio Corretjer al ser preguntado sobre este particular: "¿que dónde están nuestros indios? Muy fácil la respuesta. Están con nosotros, los vemos a diario caminar por nuestras calles."



DOÑA EVARISTA CHEVEREZ (VARIN) Y DON PABLO CHEVEREZ EN SU HUMILDE BOHIO JUNTO A DOS DE SUS HIJAS Y UNA DE SUS NIETAS. FOTO DEL AUTOR- JUNIO DE 1986.

BORIQUEÑ, NACION MESTIZA

Es bastante frecuente el encuentro de puertorriqueños con facciones obviamente indias, el pliegue mongólico del ojo, de pelo grueso lacio y pómulos salientes. Tal observación nos indica que la población indígena, en su absorción biológica, tuvo una influencia mayor de la que se le ha atribuido tradicionalmente, basada en los informes aparentemente erróneos de los cronistas. Si la población indígena era no menor de 100.000 al comenzar la conquista, esa base étnica tuvo que ser superior a la africana según los números y las supuestas personas de color en su mayoría fueron de origen indio o con cruce fuerte de sangre indígena.

Tan pronto llegaron los españoles empezó el cruce de razas y una o dos generaciones después ya había numerosos hijos y nietos de indias, muchos de los cuales se consideraban como blancos y no se enumeraban en el censo por consideración a sus padres españoles que los reconocían como sus hijos y así los trataban. Los hijos de indias con hombres blancos se clasificaron usualmente como mestizos pardos y eran muchísimo más numerosos que los hijos de indios con mujeres blancas, ya que los hombres indios, o morían peleando en las guerras o se retiraban con sus mujeres en partidas ocultas en el bosque de las sierras.

Evidencia de lo que apuntamos son los resultados de los exámenes dentales efectuados en la Universidad de Puerto Rico en años pasados, que demostraron que sobre un 30% de los estudiantes examinados tenían el llamado "diente de pala", típico del indio americano, según el antropólogo Ricardo E. Alegría. ("Diente de pala" es aquel que, en su parte posterior presenta una concavidad, como la que deja una pala al retirar una porción de tierra).

El censo de 1800 arrojó una población total de 155.426 con poco más de un 10% de esclavos, cuyo número en 1765 era de solo 5.037, demostrando el bajo número de importaciones negras hasta dicho año. En 1815 ingresaron en la aduana 108 pesos por ese concepto. Según informe del gobernador Pezuela, del 1820 al 1830 se importaron 79.000 esclavos en Cuba y solo 60 en Puerto Rico, así que el aumento de esclavos se debió en enorme grado al crecimiento natural demográfico. A partir de 1820 el aumento de la población de Puerto Rico se debió principalmente a la inmigración europea y al crecimiento demográfico, registrándose un aumento de unos 60.000 blancos en 10 años —del 1820 al 1830— en una población total de 323.000 habitantes.

La explicación del aumento de la llamada población de color se debió a la continuación del cruce de razas, en la que como hemos visto, la raza autóctona prevaecía desde hacia siglos. Pero se confundió con los últimos arribos de inmigrantes del Africa, atribuyéndose a éstos mayor importancia. En 1531 había en Puerto Rico 426 españoles casados, 1.148 indios encomendados más sus mujeres o alrededor de 2.296 y 1.523 africanos de los que solo un 30% eran mujeres. En 1765 la población era de 44.883 con 5.037 esclavos. En 1776 era de 70.260 y 155.426 en 1800, con un 50% blancos y 10% esclavos pero la mortandad en las epidemias era mucho mayor entre los africanos, muriendo de cólera morbo en 1855 unos 30.000 mayormente esclavos. En Cuba la proporción de esclavos fue nueve veces mayor que en Puerto Rico, 58.9% de africanos en 1840.

Se ha hecho referencia frecuentemente al tipo de africano de Puerto Rico como más perfilado que el existente en otros países de América. Su explicación es en parte que provino mayormente de la parte noroeste de Africa en donde ya había habido considerable cruce con la raza hamita. Pero también debe tenerse en cuenta que posiblemente no exista en Puerto Rico un solo africano de sangre pura, sin cruces con sangre india o blanca, lo que ha acentuado sin duda sus facciones más perfiladas que las típicas del africano puro del Africa Central o Sur.

El tipo llamado "achinado" es muy corriente en nuestra población, de tez bronceada, ojos oblicuos, pelo grueso y pómulos salientes, demostrando su sangre india, aunque tenga una proporción de sangre africana o blanca. No es raro ver un espécimen de tez blanca, ojos azules, pelo castaño y facciones que recuerdan con insistencia al indio nuestro.

Partiendo del supuesto e inexplicable enigma de la súbita desaparición de unos 100.000 indios desde el año 1506 hasta que se tomó el censo del gobernador Lando en 1531, sin haberse implantado el genocidio, sin haber ocurrido grandes masacres guerreras y sin haberse informado epidemias devastadoras, es nuestra hipótesis que la considerable parte sobreviviente de la gran población indígena pudo absorber biológicamente a miembros de las razas blanca y africana durante los primeros siglos de la colonización.

M. Francois Depons calculó que la proporción entre negros y mulatos con blancos en Venezuela era de siete a dos a fines del siglo XVIII. En Cuba en 1775 el número de esclavos era de 46.000 pero ya en 1823 Cuba tenía 260.000 esclavos, 130.000 negros libres y 325.000 blancos lo que demuestra que la proporción de esclavos en Puerto Rico fue una de las más bajas en América, según datos estadísticos.

La conclusión demográfica es que una mayoría de los puertorriqueños de piel oscura deben su color moreno-amarillento a la sangre india más que a la africana y al tipo trigüeño europeo. El pliegue epicántico del indio era menos marcado que el mogol o ausente en absoluto en los tipos numerosos de nariz aguileña, y como muchos tenían el cabello ondulado, esos rasgos les parecían semejantes a sus propios rasgos físicos caucásicos a los primeros europeos, según descripciones que datan desde el descubrimiento.

Las razas caucásica, india y africana contribuyeron todas a la formación de nuestra población pero ha sido nuestro propósito recalcar la proporción que a ella contribuyó la raza autóctona, la cual ha sido menospreciada tradicionalmente por errores de apreciación de nuestros primeros cronistas, que fueron seguidos sin impugnar por sucesivos historiadores.

Se había operado un marcado cambio desde fines del siglo XVIII, especialmente durante las guerras de independencia de Iberoamérica, cuando Puerto Rico se convirtió en refugio de los leales a España en las colonias rebeldes, arribando oleadas sucesivas desde Luisiana, la Florida, Santo Domingo y Haití, Venezuela, Colombia y Cuba. Al mismo tiempo continuaban llegando oleadas de inmigrantes desde la propia península, andaluces, gallegos y catalanes, con isleños mallorquines y canarios, así como inmigrantes de toda Europa, principalmente corsos, lo que explica que desde el primer censo oficial del año 1775 al 1899, en poco más de tres generaciones se remontó la población de 70.250 a 953.243 habitantes, unas trece veces y media, no obstante un alto índice de mortalidad, pero por la continuación de la inmigración y otros cambios extremos la población no ha llegado al punto de su estabilización.

Al revisar los datos demográficos que anteceden podemos deducir que nuestro típico jíbaro es el producto medio del molde étnico predominante y por eso se ha considerado característico de nuestra isla. El mote "jíbaro" le fue aplicado proverbialmente al criollo tosco del interior montañoso de Puerto Rico, en su mayoría de origen caucásico, pero también abundando especímenes surgidos del mestizaje entre el poblador español y la raza india autóctona, por cuyo color pardo y aspecto "parecían convalescientes", según observó Fray Iñigo Abad en 1776, unos por las enfermedades endémicas tropicales y otros como resultado del mestizaje, que produjo un color de piel amarillento y no achocolatado. Sin embargo, observó al mismo tiempo que aunque de "complexión enjuta y seca", eran "bien hechos y proporcionados, apenas se ve en la isla algún lisiado... tienen inclinación a las acciones brillantes y de honor; han manifestado intrepidez en la guerra y sin duda alguna son buenos soldados"...

Su origen provino de circunstancias naturales tales como el clima fresco del interior, al que estaban acostumbrados tanto los indios como los españoles, pero no los africanos, y la necesidad de subsistir del trabajo propio, por no poder disponer los europeos del uso incontestable de esclavos, viviendo en pequeñas estancias agrestes y montunas que pudieran cultivar solo en sus allegados. Las grandes plantaciones se circunscribieron a las calurosas llanuras de las costas y los fértiles valles, en donde se reconcentro la mano de obra esclava para su cultivo y para las necesidades domésticas de sus amos, que vivían en sus fundos alrededor de los cuales crecían las ermitas, los poblados y las ciudades.

La población fue preponderantemente rural hasta el siglo XIX y vivía por tal motivo aislada en sus estancias. Durante el primer censo moderno del año 1765 existían 4.579 "estancias de labranza" y 269 "hatos criadores de ganado", por lo que restando la población urbana, que era bastante exígua, y los esclavos reconcentrados en fundos de gran extensión y en pueblos, la gran mayoría de esas estancias tenían que ser labradas sin el empleo de esclavos por sus propios dueños con sus familias, de cuya circunstancia surgió el jíbaro auténtico que ha caracterizado nuestra población rural hasta nuestros días.

(DEL LIBRO "DR. DIEGO ALVAREZ CHANCA"
POR AURELIO TIÓ)

Fray Inigo Abbad y Lasierra en su Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico nos refiere que entre las fuerzas militares que componían la guarnición de San Germán, **figuraba una numerosa compañía de indios, hacia 1780.** Es este mismo historiador quien refiere el caso de como los indios desampararon la Isla despues de las guerras de conquista, por no avenirse con los españoles, pasándose a las isletas circunvecinas de Mona, Monito y la Isla de Vieques e islotes costeros, y que, no pudiendo subsistir allí, pidieron tierras en Puerto Rico; asignándoseles las sierras de Añasco y San Germán, conocidas contemporaneamente como Las Indieras, donde vivían separados de los españoles hasta principios del siglo XVIII, en cuya fecha empezaron a casarse con españoles y negros.

Salvador Brau cita en su Historia de Puerto Rico el censo realizado hacia el año 1787, casi a finales de siglo, que arrojaba la cifra de **unos 2,302 indios habitantes en la zona montañosa de la parte occidental de Puerto Rico,** donde figuraban precisamente los barrios de las Indieras.

Es de suponerse que el mayor acervo lingüístico indígena figurara en esta parte de la isla, y que las mas puras tradiciones aborígenes partieran desde esta zona geográfica, la que evidentemente debe aportar mayor numero de voces indígenas, sean estas puras o mezcladas con la lengua española. Es tentador para los estudiosos de la lengua una zona geográfica como esta, bastante vírgen todavía, debido a su apartamiento de las zonas pobladas y desarrolladas, donde los medios de comunicación no han hecho tanta mella.